

# Las sombras del ayer y de hoy

ALEX HERNÁNDEZ PÉREZ

(PRIMER LUGAR – ENSEÑANZA MEDIA)<sup>1</sup>

Santiago, 12/07/25

Querida Abuela,

Desde este rincón del continente donde los días se repiten como monótonos ecos, te escribo no solo con tinta sobre papel, sino con esa sustancia extraña que brota del alma cuando duele el recuerdo. Santiago es una ciudad que se levanta entre nieblas y sombras, un laberinto de cemento que devora mis pasos y escupe otros que no me pertenecen. Llegué con una mochila liviana de ropa y un corazón pesado como esas piedras que tú recogías en los ríos para sujetar la ropa tendida, piedras que guardaban el calor del sol en su interior mucho después de que anoheciera.

El frío aquí es distinto, abuela. No es el que cala la piel y se va con un abrigo. Es el que se instala en los huesos y construye su hogar en el pecho, el que nace de las sonrisas que no alcanzan los ojos, de los “cómo estás” que no esperan respuesta, de los silencios que crecen en los espacios entre las



palabras. En la madrugada, cuando la ciudad duerme su sueño de acero, me levanto creyendo oír el agua del río cantando entre las piedras. Camino dormido hacia la ventana y mis manos chocan contra el vidrio frío... no hay río, abuela. Solo el viento golpeando un cable suelto que se mece como una serpiente ebria. Pero, por un instante, en ese espacio entre el sueño y la vigilia, estoy otra vez contigo y el sonido de la lluvia sobre el zinc de tu casa me arrulla como una canción de cuna.

Extraño el olor a café recién colado en tu cocina, el pan con mantequilla sobre la mesa, el color violento de los crepúsculos violetas trepando por los cielos como

---

<sup>1</sup> Liceo Miguel Luis Amunátegui. Cuarto Medio.

llamaradas de vida. Aquí todo tiene una capa de gris perpetuo; hasta la luz del mediodía parece filtrarse a través de un velo de tristeza. He comenzado a perder la noción del tiempo, abuela. Los días se desdibujan como acuarela bajo la lluvia. A veces miro mis manos sobre la mesa y no las reconozco. Me pregunto si, al cruzar tantas fronteras, no habré dejado pedazos de mí en cada control migratorio, como esas migajas de pan que dejabas en tu ventana para que los turpiales llegasen. Pero fueron los pájaros del olvido los que se comieron el rastro, y yo ya no sé distinguir norte de sur, ayer de mañana, ¡qué pesar!

Anoche soñé que el Santa Lucía se transformaba en Peribeca y que desde la cumbre de su pequeña catedral podía ver a toda San Cristóbal extendiéndose como un milagro de colores. Quise gritarle a la ciudad, preguntarle por qué me alejó de tu lado, llamarla por su nombre, pero de mi boca solo salía viento, un silbido fino y desesperado que ni yo mismo podía oír. Me desperté con la almohada empapada, la mirada inquieta y la certeza de que no había sido un sueño, sino la realidad desbordándose por los límites de la conciencia.

Me repiten que debo ser fuerte, que este sacrificio es por un futuro mejor. Pero el futuro se ha convertido en una moneda que siempre se me escapa del bolsillo. El presente es esta habitación pequeña que se encoge un centímetro cada día. Las paredes avanzan, abuela, y yo ya casi no puedo estirar los brazos sin golpearme con los fantasmas que traje desde casa.

Escribo estas palabras en un cuaderno que compré en una feria de libros usados. El

vendedor, un hombre con ojos de haber visto demasiado, me dijo: “Es de papel reciclado, muy resistente”, y yo pensé en nosotros, abuela, en si seremos almas recicladas, hechas de pedazos de otros sueños rotos, resistiendo por pura terquedad biológica.

A veces me toco el pecho y espero sentir ese crujido de papel viejo, pero solo late esta carne cansada que un día fue joven y llena de esperanza.

Temo que estas palabras se conviertan en polvo antes de cruzar el continente y llegar a tus manos. Temo que cuando leas esta carta ya no reconozcas al nieto que se fue con una promesa en los labios. A veces, cuando me miro al espejo en las mañanas, veo a un extraño con mis ojos, pero más viejos, habitados por una neblina que no logro disipar ni con las manos ni con los recuerdos.

¿Cómo estarán tus cabellos rubios? ¿Seguirán acaso teniendo el mismo dorado característico de cuando era chico? ¿Tendrán ahora de decoración las nieves que alguna vez maquillaron el Pico Bolívar? ¿Tus ojos aún iluminarán mi camino como me prometiste en aquella tarde de julio? Tu nieto ya no encuentra sus raíces en ningún mapa ni su cielo en ningún horizonte.

¿Qué debo hacer?

He comenzado a coleccionar momentos insignificantes como si fueran reliquias: el vuelo de una paloma sobre la plaza, la risa de un niño en el parque, el aroma del pan recién horneado que se escapa de alguna panadería... Los guardo en mi memoria como pruebas de que aún sigo vivo, de que aún puedo sentir algo más que esta nostalgia que me acompaña como una fiel sombra.

Ahora aquí, tanto que me tardé en escribirte, me arrepiento de nunca haber tenido la voluntad de contarte lo que habita en mi terca cabeza y en mi pobre corazón con tal de no preocuparte. Abuela, no quería confesarte mis males que me atormentan desde hace un tiempo para acá; quería que tuvieses de mí la imagen de aquel niño fuerte que salió por tu puerta en esa mañana de octubre. Sin embargo, estoy aquí, a miles de kilómetros de tu féretro llorándote, abuela, y como mendigo vago por las alamedas buscando arrancar de mis cuencas la desdicha del alma, y no sé controlar el pecado de mis lamentos.

El café se ha enfriado en el comedor; tus abrazos son solo cuentos antiguos en libros empolvados. Ya no sé si el sol sale, pero te extraño. Olvidé mi camino de regreso y no logro encontrarlo de nuevo. Hoy, en esta luna llena, ya no me brindarás de nuevo tu mano en apoyo; mis lágrimas ahora se extienden como moretones por todo mi pecho, ¡qué molleja!

Quiero que sepas, adonde quiera que estés, que te amo, extraño y te mando, como siempre, todo mi amor, “o lo que queda de él”.

Un amor que es como el sol de invierno: pálido, distante, pero que aún intenta calentar estos huesos que añoran el sol caribeño que nos achicharraba la espalda mientras pelabas mangos en el patio.

Desde el otro lado del continente, con mucho amor y pesar, tu nieto.

Javier

*\*Imágenes de este archivo: “Almuerzo en Quinchamalí” y “La lavandera”, de Nemesio Antúnez.*

